



*EN LA SOLEDAD DEL SUR. GÓNGORA Y EL MARQUÉS DE AYAMONTE*

Jesús Ponce Cárdenas (Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2024)

Durante buena parte de su trayectoria académica, Jesús Ponce Cárdenas ha prestado una atención sostenida a la obra de Luis de Góngora, con una finura crítica que ha supuesto sustanciosos avances, en múltiples dimensiones, para el estudio de la obra del poeta cordobés. A esa amplia panoplia de trabajos se suma ahora este que aquí comentamos. En él cristaliza el interés que, como explica el propio autor en su introducción, le ha suscitado durante hace al menos dos décadas la relación entre Luis de Góngora y don Francisco de Guzmán y Zúñiga, IV marqués de Ayamonte. No piense el lector, sin embargo, que estamos ante una recopilación más o menos miscelánea de trabajos anteriores unidos bajo un mismo título, pues se trata de un trabajo absolutamente nuevo y orgánico.

Se puede dividir el volumen en dos partes bien diferenciadas. La primera de ellas correspondería a los dos primeros capítulos, en los que Ponce Cárdenas se ocupa de la figura del IV marqués de Ayamonte. El primero de ellos, «Don Francisco de Guzmán y Zúñiga: un esbozo biográfico», es el más extenso de todo el libro. Ofrece un recorrido por la vida del marqués, con una doble virtud: supone un primer acercamiento, al menos moderno, a la figura del cuarto marqués de Ayamonte —escasísima la bibliografía y ausente él mismo del excelente portal biográfico de la Real Academia de la Historia (a la que nos tomamos desde aquí la licencia de animarla a contar con el propio Ponce Cárdenas para una entrada sobre don Francisco)—; a la vez que constituye un estupendo retrato de las casas nobiliarias del occidente andaluz durante el siglo XVII. El segundo capítulo traza un «Perfil de letras: cultura y bibliofilia en la Casa de Zúñiga». Ante la desafortunada imposibilidad de contar con la biblioteca del IV marqués, Ponce Cárdenas se ocupa de la relación de la casa de Ayamonte con las letras del periodo. Para ello, recurre a dos tíos del marqués: Pedro de Zúñiga y Diego López de Zúñiga, de quienes nos comenta sus bibliotecas, así como la relación del segundo, que llegó a ser rector de la Universidad de Salamanca, con El Brocense, quien le dedica sus comentarios a Garcilaso de la Vega. En este capítulo, además, se recrea con detalle el «Entorno literario» (p. 95) del propio marqués, quien no solo fue el destinatario de las *Anotaciones* de Herrera y de



diversos textos de Lope de Vega y Cristóbal de Mesa, sino también autor de algunos poemas que Ponce recoge y comenta.

El segundo bloque del libro, más amplio, estudia con detalle la relación entre Luis de Góngora y el IV marqués de Ayamonte a través del estudio profundo de los poemas que el cordobés dedica a don Francisco y su familia. Así, el capítulo «Una red de enigmas y un viaje a la corte (1581-1606)» comienza ocupándose de algunos poemas gongorinos escritos entre 1581 y 1602, insertos en la tradición piscatoria: «Las redes sobre el arena», «En el caudaloso río», «Sin Leda y sin esperanza», «Las aguas de Carrión», «Donde las altas rocas» y «¡Oh, cuán bien que acusa Alcino». Ponce Cárdenas expone las dificultades que impiden datarlos con precisión y seguridad, así como para identificar a sus destinatarios o protagonistas. Propone estudiar la hipótesis —pues no existen evidencias al respecto— de una temprana relación del joven don Luis con don Francisco, la cual nos obligaría a revisar la lectura de estos poemas. Asimismo, este tercer capítulo se ocupa de los dos primeros sonetos que, en 1606, Góngora dedica al marqués y a partir de los cuales comienza a afianzarse la relación entre ambos: «Clarísimo marqués, dos veces claro», sobre un «retrato de faltriquera» (p. 136) de doña Ana Félix, la marquesa; y «Vencidos de los montes Marianos», sobre el paso de don Francisco por Córdoba, de camino hacia la corte.

El siguiente capítulo es un «Interludio cortesano: el fallido virreinato de Nueva España». En él, Ponce Cárdenas estudia los poemas que, también en 1606, don Luis escribió con motivo del fallido nombramiento del marqués de Ayamonte como virrey de Nueva España, cuyas circunstancias se estudian con amplitud. Se trata de la canción «Verde el cabello undoso», cuyo molde «representaba para Góngora a comienzos del nuevo siglo un laboratorio de formas y temas en el que podía ensayar convenientemente» (p. 161) sobre los moldes clásicos y vernáculos de la poesía laudatoria; y del soneto «Velero bosque de árboles poblados», analizado junto a una «gavilla de sonetos marineros» (p. 173) del periodo —sobre los cuales destaca—, y que, además, sirve a Ponce para poner una nota al «doble rasero» (pp. 187-188) que mostró Borges al situarlo en no demasiado buen lugar en la comparación con un texto semejante —«Las selvas hizo navegar y el viento»— de Francisco de Quevedo.

El siguiente capítulo lleva por título «Un poeta en Lepe y Ayamonte. Temas y problemas». En él se abordan una serie de composiciones «relacionadas con un aspecto más vinculado al territorio, con la elección de un renovado arraigo en sus dominios onubenses por parte del prócer» (p. 191), una vez rechazado el cargo en Nueva España.

Así, el estudio de un soneto como «Volvió al mar Alción, volvió a las redes», en el que por primera vez aparecen los hijos del marqués, don Francisco y doña Brianda, muestra su «calado fundamentalmente político» (p. 195), a la vez que permite volver la vista a los textos estudiados en el primer apartado de este bloque. Ponce Cárdenas entiende que este soneto supone la «cara melancólica» de una moneda que tiene como reverso «positivo», como una «suerte de *consolatio*» que ofrece «futuro luminoso en forma de vaticinio» (pp. 202-203), el soneto que Góngora dedica «Al marqués de Ayamonte determinado a no ir a México». Asimismo, se abordan aquí los poemas relativos a la estancia de don Luis en los predios onubenses del marqués durante la primavera de 1607. Ponce penetra en el sentido del soneto en que se «Convoca a los poetas de Andalucía a que celebren al marqués de Ayamonte», para concluir que, más allá de la *laudatio*, existe en sus versos una reflexión del poeta sobre su propia trayectoria, según la cual «A la altura de 1607 parece que Góngora pretendía dejar atrás esa veta jocosa para tomar nuevos rumbos, vinculados a la lira heroica» (p. 209); una lógica que el autor halla también en la silva «Por este culto, bien nacido prado», si bien «de forma sutil», en la que «hay que prestar alguna atención para advertir el detalle» (p. 227). Se cierra el capítulo con un análisis del soneto «Deja el monte, garzón bello, no fíes», dirigido al hijo del marqués, en el que Góngora adopta el papel de «consejero prudente» (p. 237) ante los riesgos de una actividad, la cinegética, que sirve aquí para «trazar un elogio aristocrático», en lo que «no era una decisión inocente por parte de Góngora, pues la montería iba a disfrutar de un momento dorado en la época de los Austrias menores, a imagen y semejanza de los gustos regios» (p. 229).

Tras estos textos, Ponce Cárdenas estudia el «otro polo epidíctico dentro de la familia del mecenas onubense, que asume una importancia capital dentro del conjunto» (p. 239): el de la esposa y la hija del marqués. A ellos dedica dos capítulos. El sexto se ocupa de «Tres sonetos galantes: presencias femeninas en un ciclo epidíctico» y en él analiza cómo en tres sonetos gongorinos —«A los campos de Lepe, a las arenas», «Corona de Ayamonte, honor del día» y «Al Sol peinaba Clori sus cabellos»— el poeta se apoya en diversas tradiciones para cantar a las damas ayamontinas: la de las «piezas breves *votivo-pastorales*, de ambientación ritual pagana» (p. 243), en marco fluvial y piscatorio; la del poeta que, por fin «recibido en la lujosa residencia de las patronos» (p. 247), corresponde a las atenciones con el obsequio de una piedra bezoar para doña Ana Félix; y la de la *Bella donna che si pettina*, propia de la poesía galante áurea (p. 269). El séptimo capítulo, «*In tenui labor, at tenuis non gloria*: un terno de elogios en arte menor»,



prosigue con las caracterizaciones líricas de ambas, en este caso, en tres poemas de arte menor: el díptico de décimas «Pintado he visto al amor», de temática cinegética, protagonizado por doña Brianda, sobre el cual Ponce razona la inconveniencia de comprenderlo como un ejercicio propio de la efrástica; otro díptico de décimas, «Flechando vi con rigor», muy semejante al anterior, en tanto en cuanto recurre también a las actividades cazadoras de la misma joven, convertida en «emblema sonoro» (p. 298); y el romance «Donde esclarecidamente», pieza «delicada y magistral», en la cual, explica Ponce, «se decantan casi todas las esencias (marinas y terrestres, piscatorias y cinegéticas, rústicas y cortesanas) que hemos advertido en otros lugares del ciclo» (p. 299).

El último capítulo del libro, «Gestiones del mecenazgo: deudas y mercedes», deja de lado el análisis de los textos y se centra en trazar «la curiosa y ocasional vinculación económica» (p. 313) entre el poeta y la casa de Ayamonte. Aunque Dámaso Alonso y Eulalia Galvarriato se ocuparan ya de la cuestión hace casi cincuenta años, Ponce Cárdenas ofrece nuevas perspectivas sobre la cuestión, merced a los testimonios documentales aparecidos desde entonces. Finaliza el volumen con «Una pequeña coda: en la soledad del sur», donde el autor sugiere, con Salcedo Coronel, pero, sobre todo, a la luz de las conclusiones de su estudio, «que varios peldaños muy estimables en el ascenso de Góngora hacia la redacción de las *Soledades* se localizan ya *in nuce* entre las vivencias onubenses de 1607 y en los versos surgidos al calor de las mismas» (p. 327).

Deben destacarse, para finalizar, varios aspectos del volumen. En primer lugar, los comentarios de los textos ayamontinos de Góngora son tan certeros como profundos, y esto a varios niveles: por un lado, el que se refiere al minucioso e ilustrativo rastreo de fuentes clásicas —es más que patente la sólida formación del autor en filología clásica tanto de textos áureos como de pasajes de la propia obra del poeta cordobés; por otro lado, la capacidad del autor para mostrar cómo unos poemas que en apariencia pueden entenderse como meros ejercicios de circunstancias ofrecen, gracias a una lectura de más amplio calado, sustanciosas conclusiones que contribuyen a un mejor conocimiento de la obra de Góngora. En segundo lugar, es importante resaltar cómo Ponce Cárdenas esgrime documentación no usada hasta el momento, particularmente en el primer bloque, a la vez que incorpora la que ha venido apareciendo durante los últimos años para apuntalar con solvencia sus tesis. En ese sentido, es de agradecer su intento por formular hipótesis sobre nuevas dataciones y circunstancias de los textos gongorinos, siempre con la precaución exigible al investigador que sabe que «la atribución de una cronología más o menos



precisa a varios poemas resulta un ideal inalcanzable o directamente imposible en el actual estado de conocimiento» (p. 213).

Por último, es de justicia reconocer el fructífero uso de la serie extraliteraria por parte de Ponce Cárdenas, no solo en lo referente a las circunstancias históricas, sino también en lo que se refiere a las cuestiones artísticas —recuérdense aquí los trabajos que ha dedicado a la éfrasis—. De ahí que sea también notorio el inteligente uso de ilustraciones, mapas y reproducciones de obras pictóricas que, a lo largo del libro, se convierten, no en meros complementos al desarrollo de las ideas del autor, sino en elementos centrales para la demostración de sus tesis.



GINÉS TORRES SALINAS

